

RETIRO “DISCÍPULOS, APÓSTOLES, SANTOS”

9.- SANTIDAD EN LA VIDA ORDINARIA.

VER:

Este curso estamos viendo que ser cristiano conlleva un proceso, que comienza por ser discípulos, para ser apóstoles y teniendo como meta la santidad. Pero esto no significa que estas tres fases se den separadas unas de otras: aunque uno comienza siendo discípulo, nunca deja de serlo aunque ya haya asumido tareas de apostolado; y la llamada a la santidad está presente desde el principio del proceso desde nuestro Bautismo.

Pero para sistematizar estos retiros, hemos dicho, que estamos siguiendo el orden de “discípulos – apóstoles – santos”. Y así, hemos ido viendo que, por haberse encontrado con Jesús, los primeros discípulos empiezan a vivir un proceso que les cambiará la vida para siempre. También hemos visto que millones de personas que se dicen cristianas, pero que no han experimentado un verdadero encuentro con Jesús: no saben cómo vivió, ignoran su proyecto, su Evangelio, no aprenden nada especial de Él. En definitiva, no han sido discípulos suyos.

Reflexionando el encuentro de Jesús con la mujer samaritana, vimos que uno empieza a ser cristiano a partir del encuentro con la Persona de Jesús, como el que ella tuvo, y que esta experiencia no se puede copiar de otros. Cada uno está llamado a ese encuentro personal con Jesús y a seguirle como discípulo suyo.

También vimos que un apóstol es alguien escogido por Jesús para ser enviado. Es el eslabón de una cadena. Y que una vez que el Señor conquista el corazón de alguien, como en el caso de la samaritana, la existencia se transforma y se comunica la Buena Nueva. El encuentro con Jesús nos convierte en apóstoles. Un apostolado que está, sobre todo, en los caminos, y no sólo en el templo.

Con el retiro pasado comenzamos a reflexionar y orar sobre ser santos. Y la santidad consiste en la unión con Dios. Pero esta unión con Dios, esta santidad, no se vive de un modo intimista y abstracto. Santo es aquél que, en el ámbito de sus limitaciones, características, cualidades y circunstancias personales se abre y responde a la gracia de Dios. Santo es aquél que comparte de forma profundamente personal la vida y el amor de Cristo, y difunde en torno a sí el calor de su amor, en las circunstancias en que se encuentra.

Por eso hoy vamos a profundizar en la santidad en la vida ordinaria, en lo cotidiano, en el día a día. Lo que humanamente consideramos rutinario, incluso vulgar, debe convertirse en el camino de santidad para nosotros.

Para la reflexión:

- Pienso en un día cualquiera de mi vida: ¿Descubro alguna ocasión de santificación? ¿Por qué?

JUZGAR:

La santidad es la meta última hacia la que ha de dirigirse la persona humana. La santidad consiste esencialmente en una plena y total identificación con Cristo, hasta poder llegar a afirmar, con San Pablo: *«No soy yo el que vive, sino que es Cristo quien vive en mí»*. (Gal. 20, 20)

Estas palabras deberían poder aplicarse a todo bautizado. Pero la santidad parece que no concuerda con nuestro mundo en perpetuo movimiento y que ofrece un abanico cada vez más amplio de experiencias, posibilidades y actividades que pueden llegar a ocupar completamente la vida del ser humano.

Pero quizá esa abundancia de opciones y actividades está enmascarando un vacío mortal que amenaza con engullir todas nuestras experiencias. No se trata de averiguar si nuestra época es mejor o peor que otra: nuestra tarea consiste en detectar los desafíos de nuestra época para encontrar soluciones.

Una cosa está clara: nuestro mundo ya no propone una visión global, capaz de integrar todos los ámbitos de la vida humana en un conjunto armonioso. Nuestra sociedad es una sociedad fragmentada: parece que cada uno tiene que apañárselas para formarse su identidad y encontrar su sentido. Esto hace que esta sociedad esté engendrando seres frágiles, “líquidos”, desorientados, sin una razón que vertebralice todos los ámbitos de su existencia. La sociedad “light”, el hombre “light”, del que hemos hablado, hace que surja un cristiano “light”.

El vacío, la fragmentación de la persona son enfermedades espirituales que, en consecuencia, requieren remedios del mismo tipo: y un remedio espiritual es el camino de la santidad que debemos recorrer como cristianos, para volver a dar sal a un mundo que, a pesar de tantos logros impresionantes, corre el riesgo de caer en el vacío existencial.

Como vimos en el anterior retiro, la santidad es una vocación, una llamada. Cristo nos llama a encontrar nuestra identidad mediante la relación personal con Él; nos invita a ser responsables, a hacer de nuestra existencia una respuesta a esa vocación. El Bautismo es el punto de partida de un proceso sin fin, por el cual vamos avanzando por el camino de la santidad.

Desde el Bautismo, “somos” santos en potencia, por la presencia del Espíritu Santo en nosotros; pero de nosotros depende “llegar a ser santos”, activando esa presencia del Espíritu Santo en las opciones que realizamos en nuestra existencia cotidiana. Y ésta es la pregunta que debemos hacernos: ¿Cómo expresar en la existencia ordinaria la vida nueva fundada en una relación con Cristo? ¿Cómo llegar a ser santos desde lo cotidiano? Puesto que cada uno tenemos nuestras propias circunstancias, comencemos por algunas indicaciones generales que San Pablo recomienda:

Flp 4, 4-7:

⁴ Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. ⁵ Que vuestra medida la conozca todo el mundo. El Señor está cerca. ⁶ Nada os preocupe; sino que, en toda ocasión, en la oración y en la súplica, con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios. ⁷ Y la paz de Dios, que supera todo juicio, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús. ⁸

Los cristianos han de mantenerse firmes en el Señor porque quien esto hace y le obedece, alcanza la santidad, y ese mantenerse firmes es fuente de alegría. Esta alegría no depende de circunstancias exteriores ni de estados de ánimo porque es obra del Espíritu Santo y acompaña a los cristianos a lo largo de su vida. En la vida cristiana, la alegría y la santidad se muestran también de forma exterior, y lleva a ser bondadosos no sólo con los miembros de la Iglesia, sino con todos.

La alegría es uno de los signos de la santidad. Pero un obstáculo para la alegría y por tanto para la santidad pueden ser las inquietudes de la vida, de las cuales el cristiano no escapa. Pablo recomienda que no se viva ignorando los obstáculos sino que, con confianza, nos dirijamos a Dios en la oración y descarguemos en Él nuestras dificultades: *“Nada os preocupe; sino que, en toda ocasión, en la oración y en la súplica, con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios”*.

Más aún: no debemos pedir estar libres de dificultades, incluso deberíamos dar gracias por ellas, porque aunque tengamos muchas, van a ser instrumento para avanzar en santidad. Quien sabe unir súplica y agradecimiento no se deja agobiar por las dificultades. La tristeza, la preocupación, indican que más que confiar en Dios, nos apoyamos sobre todo en nuestras propias fuerzas, como si nosotros pudiéramos configurar nuestro propio destino.

Cuando asalte la tristeza y la preocupación, los cristianos deben orar: oración y preocupación son cosas opuestas. Los cristianos tienen necesidades y deseos, pero los ponen en manos de Dios. Y este poner la vida entera en las manos de Dios es fuente de paz, que es otro indicativo de santidad. Quien avanza por el camino de la santidad experimenta la alegría del Espíritu Santo, a pesar de las dificultades, lo mismo que la paz aun en medio de las luchas.

Para la reflexión:

- Nuestra sociedad es una sociedad fragmentada: parece que cada uno tiene que apañárselas para formarse su identidad y encontrar su sentido. Esto hace que esta sociedad esté engendrando seres frágiles, “líquidos”, desorientados, sin una razón que vertebralice todos los ámbitos de su existencia. ¿He experimentado personalmente, o conozco algún ejemplo de esto?
- ¿Qué sentimientos o ideas surgen en mí al leer el texto de la carta a los Filipenses?
- Medito este párrafo: La alegría es uno de los signos de la santidad. Pero un obstáculo para la alegría y por tanto para la santidad pueden ser las inquietudes de la vida, de las cuales el cristiano no escapa. Pablo recomienda que no se viva ignorando los obstáculos sino que, con confianza, nos dirijamos a Dios en la oración y descarguemos en Él nuestras dificultades. ¿Qué me hace perder la alegría? ¿Descargo en Dios mis dificultades?

Como ya apuntábamos en el retiro pasado, la autenticidad de nuestra relación con Dios se verifica en las relaciones que establecemos con las personas a nuestro alrededor. Pertenecer a Dios es al mismo tiempo descubrir nuestra pertenencia a la comunidad humana. Responder a Dios es responder al prójimo, sentirnos responsables de aquéllos que Dios nos ha confiado. Y esa respuesta al prójimo la damos principalmente en la vida cotidiana, en el día a día.

En el anterior retiro señalamos que la llamada a la santidad es además una invitación al heroísmo, porque no cabe la mediocridad, no cabe contentarse con cumplir sólo lo necesario o lo que está mandado. Al contrario, el cristiano que quiere ser santo se debe entregar con generosidad al proyecto de Dios, ha de vivir en todo momento y lugar su consagración y su unión a Jesucristo y a su Iglesia. Pero ¿qué significa concretamente ese heroísmo?

Según el Diccionario, “heroísmo” es **esfuerzo eminente de la voluntad hecho con abnegación, que lleva al hombre a realizar actos extraordinarios en servicio de Dios, del prójimo o de la patria.** Por tanto, desde esta perspectiva un héroe sería aquella persona, distinta de los comunes mortales, ilustre y famosa por sus hazañas. Algo que se encuentra en el extremo opuesto de una vida ordinaria. Es cierto que la santidad, a la que todos estamos llamados, exige el heroísmo; pero este heroísmo no hay que vincularlo a hechos extraordinarios.

Dios se encarnó en la vida cotidiana, ordinaria, en lo pequeño y humilde, y ahí hemos de encarnar nosotros nuestra fe. Y no pensemos que debemos hacerlo mediante un esfuerzo a veces titánico de nuestra voluntad, sino apoyándonos en Dios. La gran tentación de nuestro tiempo consiste en plantearse la propia vida como si Dios no existiera o, aunque se acepte su existencia, como si no interviniese en nuestra vida ni en la Historia; como si, después del big bang de la creación, Dios se hubiera apartado del mundo y no tuviera nada que ver con nuestra existencia diaria.

Ante esa visión deformada, necesitamos recordar, o descubrir, que Dios actúa continuamente y que la santidad consiste en desenvolverse dentro de la más absoluta normalidad pero santificando esa normalidad, sin ser ni considerarse superior a los demás, dejando que Dios actúe en nosotros y contando con Él y dirigiéndonos a Él como a un amigo.

La vida ordinaria es medio y ocasión de buscar la santidad. Este punto es uno de los retos pastorales a los que hoy ha de hacer frente la Iglesia. Esto exige descubrir la vida ordinaria como lugar en el que se hace realidad la llamada universal a la santidad y al apostolado. Es necesario profundizar en el significado de los treinta años que Jesucristo, el Verbo encarnado, quiso transcurrir en Nazaret, conocido por todos como “el hijo del carpintero”, que se ganaba el sustento con el trabajo de sus manos, viviendo como uno más entre sus conciudadanos.

No debemos olvidar que toda vocación es signo de amor personal por parte del Señor, Padre de misericordia. Y por eso cada vida es una obra de artesanía, no somos resultado de una producción en serie: la vocación a la santidad, aunque haya rasgos comunes, es personal, tiene en cuenta las circunstancias de cada uno, y lleva consigo la gracia para vivir en plenitud de santidad todos y cada uno de los instantes de nuestra existencia en esta tierra, sabiendo que lo que yo no haga, quedará eternamente por hacer.

Para la reflexión:

- Medito este párrafo: La santidad consiste en desenvolverse dentro de la más absoluta normalidad pero santificando esa normalidad, sin ser ni considerarse superior a los demás, dejando que Dios actúe en nosotros y contando con Él y dirigiéndonos a Él como a un amigo. ¿Cuento con Dios en mi vida cotidiana? ¿Descubro ocasiones para santificar esa normalidad?
- Es necesario profundizar en el significado de los treinta años que Jesucristo, el Verbo encarnado, quiso transcurrir en Nazaret, conocido por todos como “el hijo del carpintero”, que se ganaba el sustento con el trabajo de sus manos, viviendo como uno más entre sus conciudadanos. ¿He reflexionado alguna vez al respecto? ¿Cómo imagino la vida ordinaria, oculta, de Jesús?
- Medito este párrafo: Cada vida es una obra de artesanía, no somos resultado de una producción en serie: la vocación a la santidad, aunque haya rasgos comunes, es personal. ¿Me creo que soy una “obra de artesanía” que Dios ha creado? ¿Qué me aporta, y a qué me comprometo esto?

ACTUAR:

La reflexión de hoy nos ayuda a ver que santificarse, buscar la santidad, es vivir la propia vida como don de Dios y según la voluntad de Dios. Pero no se puede olvidar que durante el transcurso de su existencia terrena, el cristiano encuentra tensiones y dificultades, interiores y exteriores, para realizar en su vida la voluntad de Dios. De ahí la necesidad de encontrar y aprovechar unos medios de santificación; no advertirlo sería caer en un error.

La necesidad de ejercitarse en el uso de unos medios concretos que nos lleven a la santificación se remonta hasta los inicios de la cristiandad, y ahora vamos a reflexionar algunos textos del Magisterio que pueden ayudarnos para descubrir cómo debemos orientar nuestra vida ordinaria.

Una descripción de esos medios la encontramos en la constitución *Lumen gentium* 42, del Vaticano II: «A fin de que la caridad crezca en el alma como una buena semilla y fructifique, debe cada uno de los fieles oír de buena gana la Palabra de Dios y cumplir con las obras de su voluntad con la ayuda de la gracia, participar frecuentemente en los Sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y en otras funciones sagradas, y aplicarse de manera constante a la oración, a la abnegación de sí mismo, al fraterno y solícito servicio de los demás y al ejercicio de todas las virtudes. Porque la caridad, como vínculo de la perfección y plenitud de la ley, gobierna todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin».

Por tanto, todos los fieles, cada uno en su propio camino, son llamados a la santidad. Jesucristo predicó la Buena Nueva para todos, sin distinción alguna. A cada uno nos llama a la santidad, de cada uno pide amor: niños, jóvenes y ancianos, solteros y casados, sanos y enfermos, cultos e ignorantes, trabajen donde trabajen, estén donde estén.

De nuevo lo recuerda el Concilio Vaticano II en el decreto *Apostolicam actuositatem*, 4: El estilo de la vida espiritual propia de los laicos debe recabar su nota característica del estado de matrimonio y de familia, de soltería o de viudez, de la situación de enfermedad, de la actividad profesional y social. No deje, por tanto, de cultivar con asiduidad las cualidades y dotes que, adecuadas a tales situaciones, les han sido dadas, y hagan uso de los dones personales recibidos del Espíritu Santo.

Y recordemos lo que también apuntamos en el retiro anterior: no hay vocaciones de primera o de segunda categoría, y la santidad es una, la misma para todos, pero llegamos a ella por diferentes caminos. Esto ya lo indicó san Francisco de Sales, en el siglo XVII con un estilo propio de su época: La devoción debe ser practicada de una forma por el caballero y de otra por el artesano; por el criado y por el príncipe; por la viuda y por la soltera; por la doncella y por la casada; hay que relacionar su práctica con las fuerzas, las ocupaciones y los deberes de cada estado. Yo te ruego que me respondas [...]: ¿Sería justo que el obispo observase una vida de soledad semejante a la del monje cartujo? Y si los casados no quisieran poseer nada como los capuchinos, y el artesano pretendiese estar todo el día en el templo como los religiosos; y el religioso, entregado a toda suerte de relaciones para servir al prójimo, como el obispo, ¿no sería todo ello devoción ridícula, desordenada e intolerable? [...]. No [...], la devoción nada perjudica cuando es verdadera; al contrario, todo lo perfecciona; y cuando se pronuncia contra la vocación de alguno hay que considerarla como falsa. (*Introd. a la vida devota*, 1, 3, 19-20).

Y mucho antes San Agustín, en el siglo V, también expresó esta convicción: Tenedlo presente, hermanos: en el huerto del Señor no sólo hay las rocas de los mártires, sino también los lirios de las vírgenes y las yedras de los casados, así como las violetas de las viudas. Ningún hombre, cualquiera que sea su género de vida, ha de desestimar su vocación: Cristo ha sufrido por todos. Con toda verdad está escrito de Él: Nuestro Salvador quiere que todos los hombres se salven y lleguen al pleno conocimiento de la verdad. (*Sermón* 304).

Así pues, no hay situación terrena, por pequeña y corriente que parezca, que no pueda ser ocasión de un encuentro con Cristo en la oración y pasar a ser, desde ese momento, en una etapa de nuestro caminar en santidad hacia el Reino de los cielos. San Juan Crisóstomo, en el siglo IV, lo expresaba así: Una mujer ocupada en la cocina o en coser una tela puede siempre levantar su pensamiento al cielo e invocar al Señor con fervor. Uno que va al mercado o viaja solo, puede fácilmente rezar con atención. Otro que está en su bodega, ocupado en coser los pellejos de vino, está libre para levantar su ánimo al Maestro. El servidor, si no puede llegarse a la iglesia porque ha ido de compras al mercado o está en otras ocupaciones o en la cocina, puede siempre rezar con atención y con ardor. Ningún lugar es indecoroso para Dios. (*Hom.* 4, sobre la Profetisa Ana).

Así pues, todos los fieles cristianos, en cualquier condición de vida, de oficio o de circunstancias, y precisamente por medio de todo eso, nos podemos santificar de día en día, con tal de recibirlo todo con fe de la mano del Padre celestial. En nuestra vida ordinaria, en nuestras tareas sean las que sean, se ponen en juego la fe, la esperanza y la caridad. Y así:

- Las incidencias, las relaciones y problemas que traen consigo nuestras tareas alimentarán nuestra oración.
- El esfuerzo para sacar adelante la propia ocupación ordinaria, será ocasión de vivir la Cruz, que es esencial para el cristiano.
- La experiencia de nuestra debilidad, los fracasos que existen siempre en todo esfuerzo humano, nos darán más realismo, más humildad, más comprensión con los demás.
- Los éxitos y las alegrías nos invitarán a dar gracias, y a recordar que no vivimos para nosotros mismos, sino para el servicio de los demás y de Dios.

La santidad «grande» está en cumplir los «deberes pequeños» de cada instante. Fijémonos en la Virgen María: ella santifica lo más menudo, lo que muchos consideran (erróneamente) como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco o de amistad... La normalidad, lo ordinario, podemos llenarlo con el amor de Dios, como lo llenó María.

La santidad pasa necesariamente por la vida ordinaria, porque como indicó el Papa Juan Pablo II: Son más numerosos sin comparación los acontecimientos cuyo realce social queda por ahora oculto: es la multitud inmensa de las almas que han pasado su existencia gastándose en el anonimato de la casa, de la fábrica, de la oficina; que se han consumido en la soledad orante del claustro; que se han inmolado en el martirio cotidiano de la enfermedad. Cuando todo quede manifiesto en la parusía, entonces aparecerá el papel decisivo que ellas han desempeñado, a pesar de las apariencias contrarias, en el desarrollo de la historia del mundo. Y esto será también motivo de alegría para los bienaventurados, que sacarán de ello tema de alabanza perenne al Dios tres veces Santo. (*Hom.* 11-II-1981).

Para la reflexión:

- Tras la oración y teniendo presentes los textos del Magisterio, concreto un compromiso para dar un impulso a mi camino personal de santidad en la vida ordinaria.

RETIRO “DISCÍPULOS, APÓSTOLES, SANTOS”

9.- SANTIDAD EN LA VIDA ORDINARIA..

VER:

- Pienso en un día cualquiera de mi vida: ¿Descubro alguna ocasión de santificación? ¿Por qué?

JUZGAR: Flp 4, 4-7:

⁴ Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. ⁵ Que vuestra medida la conozca todo el mundo. El Señor está cerca. ⁶ Nada os preocupe; sino que, en toda ocasión, en la oración y en la súplica, con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios. ⁷ Y la paz de Dios, que supera todo juicio, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús. ⁸.

- Nuestra sociedad es una sociedad fragmentada: parece que cada uno tiene que apañárselas para formarse su identidad y encontrar su sentido. Esto hace que esta sociedad esté engendrando seres frágiles, “líquidos”, desorientados, sin una razón que vertebralice todos los ámbitos de su existencia. ¿He experimentado personalmente, o conozco algún ejemplo de esto?
- ¿Qué sentimientos o ideas surgen en mí al leer el texto de la carta a los Filipenses?
- Medito este párrafo: La alegría es uno de los signos de la santidad. Pero un obstáculo para la alegría y por tanto para la santidad pueden ser las inquietudes de la vida, de las cuales el cristiano no escapa. Pablo recomienda que no se viva ignorando los obstáculos sino que, con confianza, nos dirijamos a Dios en la oración y descarguemos en Él nuestras dificultades. ¿Qué me hace perder la alegría? ¿Descargo en Dios mis dificultades?

-
- Medito este párrafo: La santidad consiste en desenvolverse dentro de la más absoluta normalidad pero santificando esa normalidad, sin ser ni considerarse superior a los demás, dejando que Dios actúe en nosotros y contando con Él y dirigiéndonos a Él como a un amigo. ¿Cuento con Dios en mi vida cotidiana? ¿Descubro ocasiones para santificar esa normalidad?
 - Es necesario profundizar en el significado de los treinta años que Jesucristo, el Verbo encarnado, quiso transcurrir en Nazaret, conocido por todos como “el hijo del carpintero”, que se ganaba el sustento con el trabajo de sus manos, viviendo como uno más entre sus conciudadanos. ¿He reflexionado alguna vez al respecto? ¿Cómo imagino la vida ordinaria, oculta, de Jesús?
 - Medito este párrafo: Cada vida es una obra de artesanía, no somos resultado de una producción en serie: la vocación a la santidad, aunque haya rasgos comunes, es personal. ¿Me creo que soy una “obra de artesanía” que Dios ha creado? ¿Qué me aporta, y a qué me comprometo esto?

ACTUAR:

LUMEN GENTIUM 42: «A fin de que la caridad crezca en el alma como una buena semilla y fructifique, debe cada uno de los fieles oír de buena gana la Palabra de Dios y cumplir con las obras de su voluntad con la ayuda de la gracia, participar frecuentemente en los Sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y en otras funciones sagradas, y aplicarse de manera constante a la oración, a la abnegación de sí mismo, al fraterno y solícito servicio de los demás y al ejercicio de todas las virtudes. Porque la caridad, como vínculo de la perfección y plenitud de la ley, gobierna todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin».

APOSTOLICAM ACTUOSITATEM, 4: El estilo de la vida espiritual propia de los laicos debe recabar su nota característica del estado de matrimonio y de familia, de soltería o de viudez, de la situación de enfermedad, de la actividad profesional y social. No deje, por tanto, de cultivar con asiduidad las cualidades y dotes que, adecuadas a tales situaciones, les han sido dadas, y hagan uso de los dones personales recibidos del Espíritu Santo.

SAN FRANCISCO DE SALES, INTRODUCCIÓN A LA VIDA DEVOTA: La devoción debe ser practicada de una forma por el caballero y de otra por el artesano; por el criado y por el príncipe; por la viuda y por la soltera; por la doncella y por la casada; hay que relacionar su práctica con las fuerzas, las ocupaciones y los deberes de cada estado. Yo te ruego que me respondas [...]: ¿Sería justo que el obispo observase una vida de soledad semejante a la del monje cartujo? Y si los casados no quisieran poseer nada como los capuchinos, y el artesano pretendiese estar todo el día en el templo como los religiosos; y el religioso, entregado a toda suerte de relaciones para servir al prójimo, como el obispo, ¿no sería todo ello devoción ridícula, desordenada e intolerable? [...]. No [...], la devoción nada perjudica cuando es verdadera; al contrario, todo lo perfecciona; y cuando se pronuncia contra la vocación de alguno hay que considerarla como falsa.

SAN AGUSTÍN, SERMÓN 304: Tenedlo presente, hermanos: en el huerto del Señor no sólo hay las rocas de los mártires, sino también los lirios de las vírgenes y las yedras de los casados, así como las violetas de las viudas. Ningún hombre, cualquiera que sea su género de vida, ha de desestimar su vocación: Cristo ha sufrido por todos. Con toda verdad está escrito de él: Nuestro Salvador quiere que todos los hombres se salven y lleguen al pleno conocimiento de la verdad.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, HOMILÍA 4, SOBRE LA PROFETISA ANA: Una mujer ocupada en la cocina o en coser una tela puede siempre levantar su pensamiento al cielo e invocar al Señor con fervor. Uno que va al mercado o viaja solo, puede fácilmente rezar con atención. Otro que está en su bodega, ocupado en coser los pellejos de vino, está libre para levantar su ánimo al Maestro. El servidor, si no puede llegarse a la iglesia porque ha ido de compras al mercado o está en otras ocupaciones o en la cocina, puede siempre rezar con atención y con ardor. Ningún lugar es indecoroso para Dios.

JUAN PABLO II, HOMILÍA EL 11-II-1981: Son más numerosos sin comparación los acontecimientos cuyo realce social queda por ahora oculto: es la multitud inmensa de las almas que han pasado su existencia gastándose en el anonimato de la casa, de la fábrica, de la oficina; que se han consumido en la soledad orante del claustro; que se han inmolado en el martirio cotidiano de la enfermedad. Cuando todo quede manifiesto en la parusía, entonces aparecerá el papel decisivo que ellas han desempeñado, a pesar de las apariencias contrarias, en el desarrollo de la historia del mundo. Y esto será también motivo de alegría para los bienaventurados, que sacarán de ello tema de alabanza perenne al Dios tres veces Santo.

- Tras la oración y teniendo presentes los textos del Magisterio, concreto un compromiso para dar un impulso a mi camino personal de santidad en la vida ordinaria.

Santo debo ser (*Betsaida*)

<https://www.youtube.com/watch?v=AymI5eZTQPM>

Cómo ha pasado el tiempo desde el día aquel
en que nací, para salvarme.

Voy y vuelvo, río y duermo, sin pensar
que un día he de morir, para salvarme.

Y es así que olvido el cielo.
Vivo aquí, a ras de suelo.

Nos creaste para Ti Señor.
No seré feliz, si no es en Ti Señor.

**Yo que hago, en que me ocupo,
en que me encanto.**

Loco debo ser si no soy santo.

**Yo que hago, en que me ocupo
en que me encanto.**

Loco debo ser ... loco debo ser.

Si no soy santo.

No sea que, cuando llegue la muerte
mis pecados no me dejen verte.

No sea que cuando llegue la muerte
mis pecados no me dejen verte.

A a a a

A a a a

Yo que hago en que me ocupo,
en que me encanto voy y vuelvo.
Loco debo ser si no soy santo sin pensar.

Yo que hago, en que me ocupo
en que me encanto loco debo ser.

Loco debo ser si no soy santo.

Yo que hago, en que me ocupo.
en qué me encanto santo debo ser
santo debo ser, santo debo ser
quiero ser santo.